

La democracia burguesa es tan sólo, para nosotros los jóvenes socialistas, un medio de lucha, nunca un fin. Nuestro fin es la República socialista.

Cuarta época. - Núm. 68

Administración y Redacción:

Rosalía de Castro, 25. - Madrid

Madrid, 19 de noviembre de 1932

Precio: 15 céntimos

# RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

## Política nacional

### El discurso de Valladolid

El Sr. Azaña opina a veces que no debe hablarse cuando no tiene qué decirse. Pero el Sr. Azaña ha pronunciado en Valladolid un voluminoso discurso; previamente hizo a su auditorio una confidencia: no había ocurrido, en las anteriores semanas, ningún suceso político que requiriese de su parte una declaración, una manifestación que lo calificara, diera cauce o juzgara. Desde su discurso de Santander nada había cambiado en el horizonte político español. Sin embargo, el señor presidente fué enhebrando lo que la presencia del auditorio le sugería; cosas muy distintas: a veces bordeaba declaraciones de estricta táctica política; a veces buscaba su inspiración en la Historia, o se embarcaba en vistosos párrafos de juegos florales. ¡La variedad de sugerencias de que son capaces los buenos republicanos de Valladolid!

En realidad, la importancia del discurso no correspondía a la expectativa, pareja a las dimensiones, y no es muy fácil encontrar sus conceptos fundamentales para someterlos al análisis de la crítica. Algunos comentarios, no obstante, hemos de dedicarle como hecho actual.

\*\*\*

Al examinar la presente situación parlamentaria se refirió a la estructura interna y a la finalidad de la Federación de izquierdas, gestada como consecuencia de su discurso de Santander. De las manifestaciones con que intentó definir la nueva agrupación parece deducirse que se trata más bien de una formación táctica que de una entidad basada en coincidencias de orden ideológico. La Federación, según el Sr. Azaña, ha nacido de la diferenciación producida en el Parlamento al discutir y votar las leyes que figuran en el haber de la República; estas diferenciaciones han ido agrupando, como es natural, a los que más afines se han mostrado en las votaciones y en la manera de recibir las leyes y proyectos del Gobierno. Se echa de menos esa coincidencia ideológica a que aludíamos antes como preferible criterio de concentración. Por las trazas, más que una unión de partidos para realizar la parte común de sus programas parece una asamblea que se reúne para reconocer la armonía con que se ha llevado a buen puerto la labor realizada. Se nos dirá que de la conducta pasada puede deducirse la futura; pero, en lugar de estas previsiones, ¿no sería más seguro el cálculo sobre lo que ha de definir esta conducta, sobre los programas mismos? ¿Cuándo se decidirán los republicanos a dar estructura lógica a sus programas?

En un párrafo, que suponemos incidental por su emplazamiento en la pieza oratoria, aludió a los enemigos de la República, a su pasada actividad, al amparo del régimen liberal votado en la Constitución. Habrá que suponer que el ministro de la Guerra sólo se refiere, en estas frases, a los elementos antirrepublicanos de carácter civil. Porque para aplicarlas a los elementos militares que realizaron la intentona de agosto hay que efectuar un pequeño cambio de palabras: en lugar de liberalismo habría que hablar de falta de vigilancia. Por más que la explicación no se hace esperar mucho: las oleadas de insurrección se han medido desde la altura del Poder no como un espectáculo, sino como una observación casi científica. Un poco aventurados se nos antojan estos experimentos.

Habla luego de lo que ha de entenderse por la nueva España. A su juicio, debe entenderse esto como una nueva forma de actividad de la España

de siempre, definida por la continuidad moral del espíritu español. Esta nueva actividad habría de conseguirse por la acción sobre resortes espirituales abandonados o enmohecidos por el desuso, abandonando y, si es posible, extirpando los que servían de apoyo al régimen monárquico. Sin negar la justeza de esta apreciación, no debemos ocultar nuestra opinión de que el problema no puede reducirse a tan sencillos términos; no solamente hay que actuar sobre resortes nuevos, sino cambiar la dirección en que estos resortes hayan de funcionar; quizá tampoco estuviera de más alguna novedad en el arte de pulsar esos nuevos resortes.

\*\*\*

Después de una extensa y brillante evocación lírica del genio de Castilla, rozó ligeramente un tema tan de actualidad como es la posición de España en el exterior. En esto sí que diferimos del pensamiento del Sr. Azaña, o, al menos, de su más reciente expresión verbal.

Naturalmente que nuestra discrepancia no consiste en llegar a conclusiones distintas al apreciar la posición más conveniente de España una vez aceptadas las premisas que él establece; nuestra discrepancia es más honda, más fundamental: es, precisamente, el distinto valor que concedemos a los puntos de partida para el razonamiento.

Es evidente que España ha de intervenir en los problemas mundiales. No ha de comparárense con Dahomey, hemos de contar algo. Pero ¿en qué aspecto del mundo? Porque no puede simplemente pensarse en la fuerza que España represente, por su actitud, neutral o no, ante posibles conflictos bélicos; hay en el mundo otras zonas de actividad en que España ha de entrar, no en nombre de derechos históricos, sino de deberes impuestos por sentimientos actuales de solidaridad. Y en estas zonas también España debe contar algo; también ha de evocarse la Historia para tomar como ejemplo nuestra influencia en aspectos espirituales, en las ciencias, en lo social, en lo económico. El razonamiento del Sr. Azaña puede llevar a conclusiones análogas en cada uno de los aspectos que se consideran en el mundo. Y en muchos de ellos nuestra actuación exterior, reflejo de la interior organización, está expuesta a comparaciones tan desfavorables, por lo menos, como la que él hizo.

Tiene razón el Sr. Azaña; no podemos cerrar nuestras fronteras y quedarnos dentro de nuestros muros hablando mal los unos de los otros para pasar el tiempo; pero tampoco tema que esa sería nuestra única ocupación: podríamos, por ejemplo, probar a realizar en la práctica, en la realidad, la organización de la economía del país. Porque el servicio al Estado que él reclama con fe no puede reclamarse sólo en nombre de una palabra; es preciso determinar claramente la estructura que quiere darse al Estado, y para ello hay que definir, en primer término, su economía, fundamento de aquél.

De muchas cosas más hubo en el discurso.

Hubo hasta una parábola: la parábola del curtidor. El Sr. Azaña, en sus excursiones por Castilla, ha encontrado en una aldea un curtidor que le miró con superioridad; un curtidor que no le concedía importancia. La serie de los descubrimientos empieza en el primero. Por si acaso, no prodigue el Sr. Azaña sus excursiones de investigación. O, lo que sería mejor, no se aleje demasiado de los curtidores. El mismo lo dijo al comenzar su discurso: «Recordemos todos, ciudadanos, de dónde venimos políticamente...» No olvide que viene del pueblo.



LA JUSTICIA ESTA ACTUANDO...

## Temas marxistas

### La crisis económica

No se habla, en el mundo entero, más que de crisis económicas.

Es lo natural, porque la crisis económica actual es la que moldea la faz del mundo y hasta los sentimientos de los hombres. Nunca tuvo más rotunda confirmación la teoría marxista del determinismo económico.

Las explicaciones que de la crisis se nos dan son tan múltiples como dispares.

Para este capitalista llorón, la crisis tiene su origen en una política de salarios hipotéticamente altos; para este monárquico impenitente, de todo tiene la culpa la República.

Explicaciones infantiles. Algunos se sienten economistas y descubren que hay crisis porque hay exceso de producción; o como si no hubiera hombres hambrientos, mal vestidos, helados de frío, que pudieran consumir todos los víveres, todas las prendas, todo el combustible que dicen se producen «en exceso».

No hay exceso de producción con relación a las necesidades de los hombres; hay exceso de producción con relación al poder adquisitivo de las gentes necesitadas.

Es preciso buscar el origen de la crisis en la teoría marxista de la plusvalía; es decir, en lo que constituye el fundamento y el regenerador del mismo régimen capitalista.

Plusvalía es la parte del trabajo no retribuido al asalariado por el patrono que lo emplea. Un obrero trabaja ocho horas y produce mercancías por valor de ocho pesetas; pero no cobra en salario más que seis pesetas; dos pesetas quedan al patrono: ésta es la plusvalía.

En régimen socialista, un obrero trabajaría ocho horas, produciría un valor de ocho pesetas y cobraría íntegramente esas ocho pesetas.

Como el obrero es a la vez productor y consumidor, con esas ocho pesetas podría comprar y consumir la totalidad de las mercancías que hubiese producido, dejando los almacenes vacíos y abriendo paso a una nueva producción. Al día siguiente volvería a reponer con sus ocho horas de trabajo las mercancías que por valor de ocho pesetas necesitará para su sustento, sin que hubiera nunca exceso de producción, ni paro, ni crisis económica.

Fórmula sintética es ésta de una economía ordenada. Parece algo simplista; pero no se modifica al través de la complejidad de la producción. Es idéntica para un obrero que trabaja ocho horas que para un millón de obreros que, dentro de la diversidad de sus oficios, trabajan juntos ocho millones de horas, producen mercancías por ocho millones de pesetas, dejan dos millones de plusvalía para los patronos y capitalistas, no cobran más que seis millones de pesetas, no disponen para su sustento más que de esos seis millones y no pueden comprar ni consumir más que esos seis millones de los ocho que han producido en mercancías.

Al día siguiente—o al mes siguiente, o al año siguiente—, los dos millones de mercancías sobrantes se han ido acumulando en los almacenes. Ya no es preciso producir tanto; la producción se limita; el paro aumenta; el jornal falta; la miseria reina; la crisis se establece. Claro es que patronos y capitalistas también son consumidores. Y, es más, no habría nunca crisis si ellos, los que se apoderan de los millones de plusvalía, compraran con ese dinero las mercancías sobrantes.

Pero esto no puede ser, en virtud de la ley económica siguiente: «Las necesidades de los hombres no son limitadas en número; pero son limitadas en capacidad.» Por millonario que sea el patrono o el capitalista, no necesita comprar treinta sombreros cada mes.

La fórmula burguesa de la plusvalía, pila y base del régimen capitalista, constituye, pues, el verdadero origen de las crisis económicas:

1.º Porque no existe relación entre las necesidades, entre la posibilidad de consumo de los proletarios y el poder adquisitivo de los mismos, mermado por la plusvalía.

2.º Porque tampoco existe relación entre los ingresos abusivos de la clase capitalista y sus necesidades, físicamente limitadas.

No puede haber, por lo tanto, remedio definitivo a la crisis económica si no es con la desaparición de la plusvalía, necesariamente vinculada al hundimiento del régimen capitalista burgués.

Antonio CABRERA

Hay que deshacer la equivocación de los que creen que el Congreso del Partido ha decretado la participación perpetua en el Gobierno.

Lo que ha hecho el Congreso es facultar a ciertos organismos para fijar la fecha de la retirada socialista.

Cada día los acontecimientos crean una situación nueva, y cada día debemos preguntarnos: ¿Ha llegado el momento de cesar la colaboración?

## Política internacional

### Nuestra posición en el mundo

Interesantes en grado sumo son las declaraciones que sobre política exterior de España ha hecho el ministro de Estado en la discusión de los presupuestos a requerimiento del camarada Cabrera.

Llevaba razón Cabrera. Casi nunca, muy pocas veces, pueden contarse con los dedos de una mano y sobran dedos, se ha expuesto en las Cortes la política exterior de España. En estos instantes críticos para la paz del mundo, después de la visita de Mr. Herriot, que ha producido multitud de comentarios y de bulos, interesaba extraordinariamente conocer el pensamiento del Gobierno respecto a política exterior.

De la propia Constitución de la República se deriva necesariamente la política internacional que España debe seguir. Las organizaciones obreras deben estar ojo avizor, y especialmente nosotros, los jóvenes socialistas, para que tales afirmaciones sean un hecho y no mera palabrería del estilo de aquello: «los españoles serán justos y benéficos», de la Constitución de 1812. Por eso nos satisfacen las declaraciones del ministro, porque a través de ellas, y en todas ellas, vemos que la política del Gobierno se dirige al estricto cumplimiento de la Constitución.

Hemos de subrayar el aspecto de la Sociedad de Naciones. Muchas veces hemos expuesto ya los jóvenes socialistas nuestra actitud ante el organismo de Ginebra. No es que confiemos en absoluto en él; pero creemos que nuestro deber de socialistas es acudir a todos aquellos sitios donde se nos presente la mínima ocasión para defender la paz y atacar la guerra. Sabemos que las únicas organizaciones auténticamente pacifistas, el único obstáculo serio para un nuevo conflicto bélico, son las Internacionales obreras (la Internacional Obrera Socialista y la Federación Sindical Internacional); es decir, el esfuerzo unido de millones de proletarios de todos los países unidos por lazos de indisoluble solidaridad. Nos corresponde a los españoles el máximo orgullo de poder afirmar nuestra casi absoluta desintegración de los prejuicios patrióticos.

Nuestro país puede y debe ejercer una influencia formidable en la Sociedad de Naciones en beneficio de la paz, porque a España, lo ha dicho el ministro de Estado, no le interesa una política imperialista, de expansión territorial; no queremos sojuzgar a las demás naciones (en realidad, no podríamos), sino que sólo nos interesa coadyuvar a la mayor concordia internacional. Sabemos que dentro del régimen capitalista el peligro de guerra es como nueva espada de Damocles, que pende constantemente sobre el proletariado internacional; pero no por eso queremos dejar de influir en cualquier sitio donde podamos ejercitar nuestra acción, siempre, claro es, sin entregarnos en absoluto. El «ot o res», el todo o nada, no es nunca una actitud revolucionaria, sino, por el contrario, demagógica; es decir, contrarrevolucionaria. Queden tales posiciones para los revolucionarios marrón. Para nosotros, la tarea revolucionaria es tarea diaria, de toda hora y en todo instante; tarea que se acentúa en ciertos momentos, cuya fijación es extraordinariamente interesante para no desaprovecharlos. De ahí nuestra posición.

Por último, señor ministro de Estado: tenga presente que mientras la política de España esté orientada en ese sentido de paz y de concordia, tendrá el apoyo de los jóvenes socialistas, y advierta también que nosotros sentimos en toda su plenitud la solidaridad internacional hacia los camaradas obreros explotados de todos los países, y que en esa solidaridad internacional está la mayor ga-

rantía de paz; que no sentimos el «honor nacional» como algo antagónico a otro país, sino, por el contrario, como algo muy estrechamente unido a esa solidaridad internacional; que las «ofensas» de una nación a otra las concebimos como algo ajeno por completo a nosotros, y piense siempre que si bien nuestros hermanos caídos en la última guerra no pueden levantarse ya contra los culpables, aún supervivientes, de ese delito de lesa humanidad que fué la guerra europea, los trabajadores de todos los países nos levantaríamos al unísono contra los culpables de una nueva conflagración bélica al grito de: ¡Guerra a la guerra! ¡Viva la solidaridad internacional! ¡Viva la revolución social!

## En el cine

### “¡Viva la libertad!”

Es «¡Viva la libertad!» una película interesantísima en todos sus aspectos. Desde el punto de vista técnico y artístico supone un avance tan gigantesco que ella posibilita con sus nuevos valores el cine sonoro. Hoy no nos interesa este aspecto.

Únicamente queremos recalcar la sátira tan formidable, por su finura y por su genialidad, que realiza de la racionalización del trabajo en el régimen capitalista. Aquellos maravillosos planos en los que con singular gracia y vis cómica compara la fábrica moderna con la prisión son, sin duda alguna, aparte de sus aciertos técnicos, la expresión más real del estado psicológico en que un proletario industrial se encuentra en el régimen capitalista. El es tan sólo una pieza más de la inmensa maquinaria que constituye la fabricación moderna.

Anotamos, sin embargo, para que «¡Viva la libertad!» tenga un completo sentido social, la falta de crítica no de la maquinaria en sí, sino de la organización económica que la mueve. La maquinaria en sí es buena: ahorra trabajo al hombre, le hace más llevadera la vida, con menor esfuerzo produce más. Es tan sólo la sociedad actual la que la hace enemiga del obrero, condenándole a una existencia donde no tiene ningún aliciente en su trabajo y donde con el automatismo llega a perder hasta su propia personalidad de hombre. Es la conciencia de explotado y la convicción de que fuera del trabajo no puede encontrar ninguna satisfacción, pues la sociedad le niega todo, lo que hace que al obrero le sea odiosa la racionalización. Es también la convicción de la inseguridad del jornal y del sustento, el temor al paro. Pero en una sociedad donde no existan explotadores ni explotados, donde se sabe que la totalidad del trabajo y de los beneficios son para el propio trabajador, donde a la salida de la mecánica tarea ha de encontrar satisfacciones de índole espiritual, entonces ya la maquinaria y la racionalización, de enemigos pasan a ser aliadas. No obstante, en «¡Viva la libertad!» se critica la racionalización capitalista, y eso ya es bastante.

Subrayamos, por último, el acierto indudable de aquellas últimas escenas en que los encopetados y enlevitados señores pierden su serenidad y su rigidez ante los billetes que caen de una maleta. El dinero, el capital, es el único interés que mueve a la sociedad burguesa. En esa escena se descubre toda la trama que ha movido la historia.

El final, de indudable interés, es otro formidable acierto. Dos hombres libres, absolutamente libres, que prefieren su libertad y la conciencia de su propia personalidad a la blandura y comodidad que les brinda una existencia burguesa.





## FANTOCHES DE GUIÑOL

### Filosofía escolástica

Ese capellán que en el hospicio de Orihuela ha limpiado bonitamente de su virginidad a dos jovencitas impúberes es todo un filósofo escolástico, pero de vanguardia; algo así como el devenir de esta nueva escuela cuyo patrocinador es El Debate. Las jóvenes han probado inconscientemente. Es natural. Porque a esas muchachas que guardaban apaciblemente su tesoro uterino no las ha convencido la filosofía del escolástico padre, y consideran que lo hecho no era más que una especie de negocio de compraventa con todas las agravantes de la estafa. «Diógenes» cree que los lectores, objetivamente, considerarán el caso prescindiendo de obcecaciones y resabios trasnochados, para estar acordes con lo que él dice, que no es más que un punto — el problema sexual — dentro de esta moderna filosofía escolástica que El Debate, modelo de jesuitas españoles, está incubando. En realidad, es una filosofía del sexo bastante original, y no como la de esa señorita Hildegart que anda por ahí maltratando a Freud, y Bertrand Russell, y Havelot-Ellis, y...; pero, en fin, callemos..., que Don Quijote advertía al charlatán de Sancho con un «peor es meneallo».

Hela aquí expuesta a continuación por un método lógico, rigurosamente escolástico también:

El problema sexual tiene su base en la libido, sensación corpórea, semejante al hambre, trasladada al campo del sexo. El hambre se calma comiendo. La libido se calma comiendo también. En el primer caso, filetes con patatas, pongamos por símil. En el segundo, el lector puede imaginar perfectamente lo que «Diógenes», pudicamente, se calla. Después del hambre saciada se ha ganado la tranquilidad material. La tranquilidad material es causa y origen de la tranquilidad espiritual. Tranquilidad que es apacibilidad. Apacibilidad que es bondad. Bondad que produce hermosa meditación. Meditación que es objeto fundamental de la vida eclesiástica. De la meditación al éxtasis místico hay un pequeño paso. El éxtasis meditativo es acercarse a Dios. Acercarse a Dios es ser perfecto. Y la perfección es pureza. De modo que:

El fraile o cura que emplea tiernas niñas para su regodeo libidinoso (véase libido) es un ángel de pureza. No ha pecado. Su acto no es más que el medio de librarse de nefandos gustos y ansias molestas, para adquirir la beatitud y amar a Dios sobre todas las cosas. ¿Ven los compañeros cómo hemos llegado a la conclusión de que las tiernas jovencitas que han denunciado no se sabe qué abusos deshonestos no pensaron el ridículo que corrían? Claro es que ellas, o sus abogados, podían argumentar: «¡Perfectamente! Que se casen los frailes...» Pero, ¡ah!, éste es uno de los numerosos misterios de la secta cristiana en los que es imposible tocar...

DIÓGENES

## De la organización

### Estemos alerta

En una reunión que tuvimos la Juventud Socialista de Sestao, en la cual se trataba como punto fuerte la actuación del Comité en el tercer trimestre del año actual, vi con profundo dolor para mí fe de socialista que al llegar la votación algunos camaradas se quejaban porque no votaban las jóvenes, mientras otros sacaban la relucir que si en una votación anterior Fulana votó a Zutano porque era más «simpático» y más guapo, cosa verdaderamente execrable y un gran tope para la buena marcha de toda Sociedad, y mucho más de la nuestra, que por su situación y su obra en los momentos actuales tiene muchos enemigos que combatir y de quien defenderse, enemigos que, vistas la bondad y la paternidad con que el Partido y las Juventudes (en particular éstas) acogen sus ingresos, sin fiscalizar su procedencia y modo de actuar en el tiempo en el cual no pertenecían a ellos, lo solicitan y son admitidos simplemente por la firma de un titular, que, muchas veces, firma hasta cuatro hojas de ingreso en una misma noche, sin conocer al solicitante, bien porque se encontraba en la mesa de discusiones y se le acerca otro para que firme la hoja de un amigo suyo, cosa que siempre lo hacen sin preguntar nada, como era su deber, o porque unas chicas, amiguillas suyas, quieren ser socialistas, hecho al cual muchas de las que pertenecen a las Juventudes, que yo conozco, lo juzgan como si estrenaran un traje. Así es que no me extraña que ocurran cosas como la que ha motivado la decisión a mover los en-

granes de mi torpe inteligencia. Dichos enemigos se aprovechan de esa ignorancia de muchas, y también de muchos, para inmiscuirse en nuestras organizaciones como directivos, ocurriendo lo que todos sabemos.

Son cosas éstas que debemos evitar todo buen socialista, no firmando ningún ingreso sin conocer a la persona que lo solicita, y no dejándose influir de viejas amistades, si no está uno seguro de que pueden rendir algo en beneficio de nuestras ideas, sea porque su ideal no es muy seguro y nosotros mismos le podemos educar, o porque vea en él semilla de socialista, que en días más o menos lejanos pueda dar y se convierta en un árbol cargado de frutos, puros y sazonados, del fructífero y lozano vergel que nos legó nuestro «abuelo».

De eso debemos preocuparnos nosotros los jóvenes, y también los viejos, y no de tener una inmensa heredad, llena de árboles y plantas, entre las cuales se hallen muchos que tienen una buena y vistosa corteza; pero que su interior está completamente podrido, y entre las plantas, que somos nosotros, nos encontremos el día de la recolección con un gran número de cardos y de hierbas.

Sería una lástima si así ocurriera, y no seríamos dignos de perdón si así ocurriese.

C. Fermín GOUDRA

### Nuestro deber

Parece ser que el llamarse jóvenes socialistas no tiene otro objeto que pagar una cuota determinada en una Sección, y que con esto ya queda exento de toda responsabilidad.

Tenemos, desgraciadamente, muchos individuos en nuestras filas que creen esto y que están haciendo de lastre en el globo, cada vez más ascendente, del Socialismo.

Vemos, por ejemplo, que una Juventud convoca a junta, y de dos centenares de afiliados acuden sólo unos quince o veinte, resultando luego que los que más trabajan en bien de la Juventud, que es en bien del Socialismo, reciben censuras de estos mismos que no se preocupan nada de ella.

Tenemos Sindicatos de los que controla la Unión General de Trabajadores en poder casi totalmente de determinados elementos extremistas, y los jóvenes socialistas a ellos pertenecientes, por su falta de asistencia, están haciendo el juego a esos individuos que desde dentro de nuestros organismos procuran desprestigiarnos.

¡Jóvenes socialistas! Asistamos con más intensidad a las juntas y reuniones para que todos unidos demos al traste definitivamente con las intenciones demagógicas y rastreras que estos elementos llevan dentro de sí.

Eliseo FERNANDEZ

Mieres.

Hasta el señor Azaña habla ya de la salida de los socialistas del Gobierno, después de votar ciertas leyes, entre las cuales no vemos por ninguna parte la del Control obrero.

¿Es que nuestra presencia en el Gobierno no sirve más que para que votemos el presupuesto de Guerra?



### UN CARTEL DE PROPAGANDA

RENOVACION se propone editar, para su propaganda, un cartel a dos colores, cuyo dibujo reproducimos.

Rogamos a Secciones y corresponsales hagan pedidos de este cartel a la Administración. El precio de cada cartel es de diez céntimos.

Después del acuerdo del Congreso del Partido pidiendo — por 26.000 votos contra 6.000 — la disolución de la Guardia civil, es imposible que este cuerpo siga siendo lo que ha sido y lo que es.

Por lo menos con los votos socialistas, que se encontrarán muy pronto ante el presupuesto de la Guardia Civil: ciento catorce millones.

El Grupo parlamentario no puede dejar pasar el presupuesto sin hacer "algo" que refleje, si no la letra, por lo menos, el espíritu del acuerdo del Congreso del Partido.

Por ejemplo: el traslado general de la Guardia civil, la supresión de los puestos rurales y la reforma del reglamento del cuerpo.

No pedimos más, porque consideramos todo lo que hubo de espontáneo en el acuerdo del Congreso; las manifestaciones espontáneas son a veces difícilmente conciliables con la realidad.

Pero nadie puede dudar que el acuerdo del Congreso responde a un estado de espíritu arraigado en el Partido.

Y creemos que la cuestión debe plantearse en la discusión del presupuesto.

## SILUETAS DEL MOMENTO

Campañas de escándalo. — He leído el primer artículo del órgano socialista «Adelante», de Valladolid, y he sentido la honda pena que pueda sentir quien, como yo, humilde trabajador, sin ligazón con nada ni con nadie, crea que ser socialista es otra cosa que lo hecho por el anónimo autor de dicho trabajo.

No me interesan las personas porque constantemente venimos diciendo que las ideas son lo superior en la colectividad; pero no pienso así los que contribuyen a divulgar teorías que personalmente no comparto, por encontrarme muy lejos de todo lo que signifique personalismo, porque contribuye a sembrar la confusión y el cisma entre la clase trabajadora.

Cuando la familia socialista sostenía dos criterios, pensé que el Congreso decidiría, y así lo hizo, con arreglo a su conciencia, y aquellos que, como el que escribe estas líneas, no participaban de la opinión participacionista en el Poder acató lo que el Partido dijo, y no sólo lo acató, sino que, en defensa de las ideas, no impulsó a su pluma a combatir el acuerdo, sino a defenderlo de los ataques de los adversarios.

Esa es una humilde opinión de quien está lejos de los calificativos que constantemente han venido circulando entre nosotros para señalar las diversas opiniones sustentadas, porque no podía haber en ningún cerebro esta división de nombres, pues sólo socialistas éramos, y aquel que hacía distinciones, con toda clase de respetos me permito dudar de que hiciera honor a su catalogación política.

Leí con pena el artículo porque afirmo que los hombres representativos del Partido no comparten el parecer del autor de dichas líneas, pues su elevación de miras les pone a cubierto de toda sospecha; pero creo que el Comité nacional debe intervenir, desautorizando a quien se permite el lujo de imitar a los sindicalistas en sus campañas de escándalo.

Porque si, a juicio del anónimo escritor, el Comité ejecutivo de la Unión General de Trabajadores no representa a la clase trabajadora, a mí y a muchos trabajadores si nos representa, como igualmente si hubiesen sido otros los elegidos, porque nos debemos a lo que los estatutos determinan con arreglo a las votaciones, no a apreciaciones personales de cada uno, y es evidente que fué perfectamente reglamentaria la elección, aunque pensemos que en lo futuro debe hacerse de diversa forma.

¿Que la forma es mala? Pues a reformarla, puesto que las cosas han de modificarse a voluntad de la masa trabajadora; pero no es la primera vez que así se vota, y debieron verse los perjuicios que esto ocasionaba antes de que surgieran las diferencias de apreciación, en aquellos Congresos en que estaba unificado el pensamiento de los dirigentes; pero ahora, salir a poner en la picota a determinados compañeros, sin haber demostrado su incapacidad, su mala fe o su traición a los postulados que son norma de doctrina, es, a mi juicio, causar un grave daño a la clase trabajadora y sembrar odios donde no debe haber más que fraternales consejos.

Me une amistad profunda con los dimisionarios, y afirmo rotundamente que jamás, en su ánimo, existió la más ligera duda sobre la honradez de los sustitutos; están por encima de las bajas pasiones; en su fuero interno pensarán en las consecuencias de la campaña emprendida y lamentarán el paso dado por la campaña de «Adelante», como creo que todo socialista, en momentos como los actuales, verá claramente las consecuencias que dentro de los organismos obreros tendrá la aparente división de sus dirigentes.

Se hace preciso una revisión de las normas por que se rige el organismo nacional; nadie podrá estar conforme, si un Congreso lo acuerda, porque siempre fué norma nuestra movernos dentro del círculo de la disciplina, pues de otra forma no seríamos hombres que sintiéramos el ideal, sino juguetes de la pasión, que sólo lleva a situaciones difíciles, cuando no a la división de los cuadros obreros.

Esto creo que no se ha meditado; porque damos la triste impresión de la lucha intestina entre los dirigentes, que se aprovecha por nuestros enemigos. Había expuesto Prieto una opinión sobre la elección de cargos de la Unión General de Trabajadores de gran sabor político; y a pesar de ello, sale un anónimo diciendo que la Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores no representa a la clase trabajadora. ¿Por qué hace tal afirmación? No midió las consecuencias de afirmar y se lanzó a explicar su pensamiento para dar caracteres de negocio sucio a lo que en realidad era el testimonio de una opinión de una parte de la clase trabajadora, muy respetable por cierto, como leales y sinceras fueron las explicaciones de los que con dolor se vieron desplazados de los cargos, alguno de ellos lamentado por el que escribe estas líneas.

Exijase, si le parece, que ser socialista implica que cada uno exponga la opinión que quiera; podrá ser equivocada, cuando se hace con nobleza; pero después de un acto hecho con arreglo a los estatutos, formular en una campaña de un periódico socialista de solvencia aquello que en un boletín sindical pudiera ser disculpado, continuo creyendo que no es norma doctrinal nuestra, sino exigencia manifestada de que ser socialista es injuriar a los hombres cuando le plazca, hacer lo que quiera y acatar los acuerdos del Congreso cuando le convenga, cosa que, francamente, no hemos aprendido; quizá en estos tiempos de revisionismo a ultranza se nos acostumbre a ello.

No pretendo entablar polémica, porque allá cada uno con su conciencia; me lanza a escribir estas líneas mi independencia en cuanto a servir a nadie se trate; para mí los hombres nada me interesan, porque el interés de la clase trabajadora tiene que ser que éstos actúen conforme al pensamiento de los Congresos, sin apartarse de la táctica en ellos manifestada. ¡Catalogarlos en grupos diversos! Eso, entre nosotros, es un crimen, puesto que no puede haber más que leales y traidores; demuéstrese que no sirvieron el interés particular de las ideas, que las traicionaron, y entonces es justo el alejamiento perpetuo de nuestras filas; pero ponerles enfrente nosotros, cuando en el mismo Congreso confesaron unos y otros que el rencor personal estaba lejos de sus conciencias, repito nuevamente que puede ser fácil en otras agrupaciones políticas; en las nuestras tiene caracteres de escándalo, que sólo benefician al enemigo.

Mediten los compañeros de «Adelante» y pongan fin a su campaña, porque es norma nuestra discutirlo todo en los comicios, para después actuar con la unanimidad necesaria, a fin de salvar lo que creo es de interés general: los postulados de las doctrinas socialistas, a fin de dar el más rotundo mérito a aquellos elementos que gozan con las divisiones de la clase trabajadora.

Después queda tiempo de reformar lo que, a juicio de los contradictores, sea necesario; pero conviene no olvidar que los calificativos son la dureza de una expresión, y sólo conducen a desprestigiar a los hombres, sin beneficio para la clase trabajadora, que es al fin la que sale perjudicada de las diferencias entre los hombres que están al frente de la organización.

Nada más que el consejo, pues aunque no conocemos el nombre del autor no dudamos que sienta el ideal tanto como el que más; pero en esta ocasión la ofuscación guió el cerebro, colocando la pluma en el papel para hacer una labor que seguramente aplaudirán los adversarios, no así los socialistas.

C. PEDROSA

### La situación alemana

Al cerrar la edición hemos conocido la dimisión de von Papen del puesto de canciller del Gobierno de la República alemana, como consecuencia del resultado desfavorable a su política en la última consulta electoral.

Por imposibilidad material de comentar este hecho, que puede tener insospechadas consecuencias para la marcha de las organizaciones obreras alemanas, y de indudable influencia en el aspecto internacional, no le dedicamos hoy todo el espacio que su importancia requiere; lo haremos en el próximo número.

¿Qué nuevas sorpresas nos deparará la política alemana?



# Una carta de Henry de Man

Se ha publicado «Socialismo constructivo», de Henry de Man. Lleva la edición española un prólogo escrito expresamente, que enjuicia el momento socialista español y señala su papel a la juventud.

Nos perdonará el editor la libertad que nos tomamos publicando ese prólogo, y aconsejamos a nuestros camaradas lean el libro: es muy interesante. (Nota de la Redacción.)

Querido compañero: Le agradezco su carta recibida ayer. La juventud de usted no es óbice para que tome muy en serio los temas que aquella contiene. Al contrario, el recuerdo de la época (¡hace ya treinta años!) en que contando la misma edad que tiene usted hoy me afilié al movimiento socialista está demasiado vivo en mí para no sentir las preocupaciones y las dudas que su carta expresa.

No creo que espere usted en mí una receta para la solución de los problemas de estrategia y táctica política que plantea la situación actual del Socialismo español. Incluso si estuviera al corriente de todos los detalles, todavía carecería de la justificación primordial, que sólo puede dar la participación en las responsabilidades. He de limitarme, pues, a someterle algunas consideraciones de principio que se agrupan en la experiencia histórica general.

Es de toda evidencia que la revolución española se relaciona simultáneamente, de una parte, con la asunción de las clases obreras que se inicia en el siglo XIX, y de otra, con las grandes revoluciones del liberalismo burgués, que comienza en el siglo XVI con la sublevación de mi país natal contra el régimen español, se prosigue en Inglaterra en el siglo siguiente, en América y Francia en el XVIII, y de cuyos restos de regímenes absolutista no logran desentramarse Rusia, Alemania y Austria hasta las postrimerías de la guerra mundial.

De aquí que la revolución española forme parte de los movimientos revolucionarios de carácter mixto, de republicano burgués y de Socialismo proletario al mismo tiempo, que caracterizan casi todas las transformaciones sociales de la Europa occidental del siglo XIX, particularmente a partir de 1848; pero se distingue de las formas más antiguas de este tipo de revoluciones, de las de 1848, por ejemplo (o, para citar un ejemplo reciente, aunque exótico, de la revolución china), en que se ha producido en un país y en una época en que el Socialismo organizado y el movimiento sindical obrero estaban ya lo suficientemente desarrollados para constituir el principal elemento motor. En esto la revolución española se parece a la alemana de noviembre de 1918, o a la rusa de 1917. Es, en suma, el tipo de revolución que Marx y Engels preconizaban ya en 1847 en el «Manifiesto comunista», cuando asignaban al proletariado la empresa de ponerse a la cabeza de los movimientos democráticos y republicanos para la liquidación del régimen feudal y absolutista, empujarlos más allá de los objetivos puramente parlamentarios de los elementos burgueses y ampliar la acción para transformar el orden económico y social.

Pero la gran dificultad que inmediatamente surge en todas partes en donde existe un movimiento socialista fuertemente constituido consiste en que el Socialismo está encargado de dos funciones diferentes que pueden contradecirse: asegurar el régimen liberal y democrático que reemplaza al orden antiguo y hacer servir este orden a transformaciones sociales que desborden el objetivo primitivo de la acción conjunta de los elementos proletarios y burgueses.

En principio, la disociación de los elementos que, por la revolución, van hacia un nuevo conservatismo social, de los que asimismo por la revolución acentúan aún las reivindicaciones sociales, aparece sin excepción en todas las revoluciones. En su origen, antes, pues, de la aparición del proletariado industrial moderno y del movimiento socialista organizado, las grandes revoluciones burguesas sólo envuelven la diferenciación gradual de las nuevas capas sociales que cristalizan, preparan el camino a los movimientos autónomos de lo que será más tarde el proletariado socialista. El ejemplo clásico de esta disociación gradual es el de la Revolución francesa de 1789 a 1794. Otra cosa sucede cuando, como en España, existe ya un partido socialista constituido y suficientemente fuerte para representar desde el principio un papel predominante de iniciativa. En este caso los factores de disociación actúan en el interior del propio Socialismo, por el distinto carácter de las tareas que las necesidades históricas le imponen. En cuanto se ha cumplido la tarea común de la liquidación de un orden prescrito y peligroso, tanto desde el

punto de vista del democratismo burgués como del Socialismo proletario, el Socialismo se encuentra solicitado por dos tendencias: de un lado, consolidar el orden nuevo sobre la base de un compromiso que registra las relaciones de potencia entre los elementos burgueses y los proletarios que han colaborado en la revolución; de otro lado, continuar modificando las relaciones de potencia, transformando la revolución política en revolución social.

En Rusia en 1917, en Alemania en 1918, divergieron de tal modo esas tendencias, que el resultado fue una profunda escisión entre dos partes de la clase obrera que, hasta la guerra mundial, estaban unidas.

Pero vale la pena preguntarse si es posible evitar tal desintegración del Socialismo y en qué condiciones, pues salta a la vista que esta desintegración es una de las causas principales del amortiguamiento del progreso social y aun de los avances de la reacción europea desde 1918. La Rusia comunista, a pesar de los esfuerzos heroicos y admirables desde muchos puntos de vista, tropieza con enormes obstáculos: la revolución bolchevista ha creado un abismo entre ella y las grandes masas obreras europeas al suprimir la libertad de oposición y aplastar en Rusia al Socialismo democrático. Eso divide y paraliza el movimiento obrero universal, aísla peligrosamente a Rusia de la economía mundial y multiplica las posibilidades de guerra. Alemania, donde la mayoría de los representantes parlamentarios está elegida en defensa de un programa anticapitalista, se halla dominada por el miedo a un cesarismo reaccionario, y la clase obrera ve cómo le arrancan desde 1918, trozo a trozo, los derechos y las ventajas que conquistó.

Desde luego que mientras Rusia, o más exactamente, la Internacional comunista mantenga esta escisión, seguiremos teniendo en todos los países europeos minorías comunistas, más o menos importantes, en lucha contra los grandes partidos obreros socialistas. Pero esta situación, por muy deplorable que sea, es relativamente soportable mientras estos partidos sólo constituyen pequeñas sectas comunistas, en las que únicamente se juntan aquellos en quienes el vino socialista, falto de la adecuada fermentación, se ha tornado vinagre. La situación sería mucho más grave si, como casi ya se ha realizado en Alemania, las propias masas obreras, a consecuencia de la decepción de sus esperanzas revolucionarias, se dividieran en dos grandes partidos, cada uno de los cuales sólo se asignase una de las dos tareas que regulan la revolución: uno, procurando estrictamente conservar lo adquirido y, por tanto, reducido a peligrosos compromisos; el otro, agotándose en imponentes algaradas, que no sirven más que para dar fuerza a la reacción de los empavorecidos burgueses.

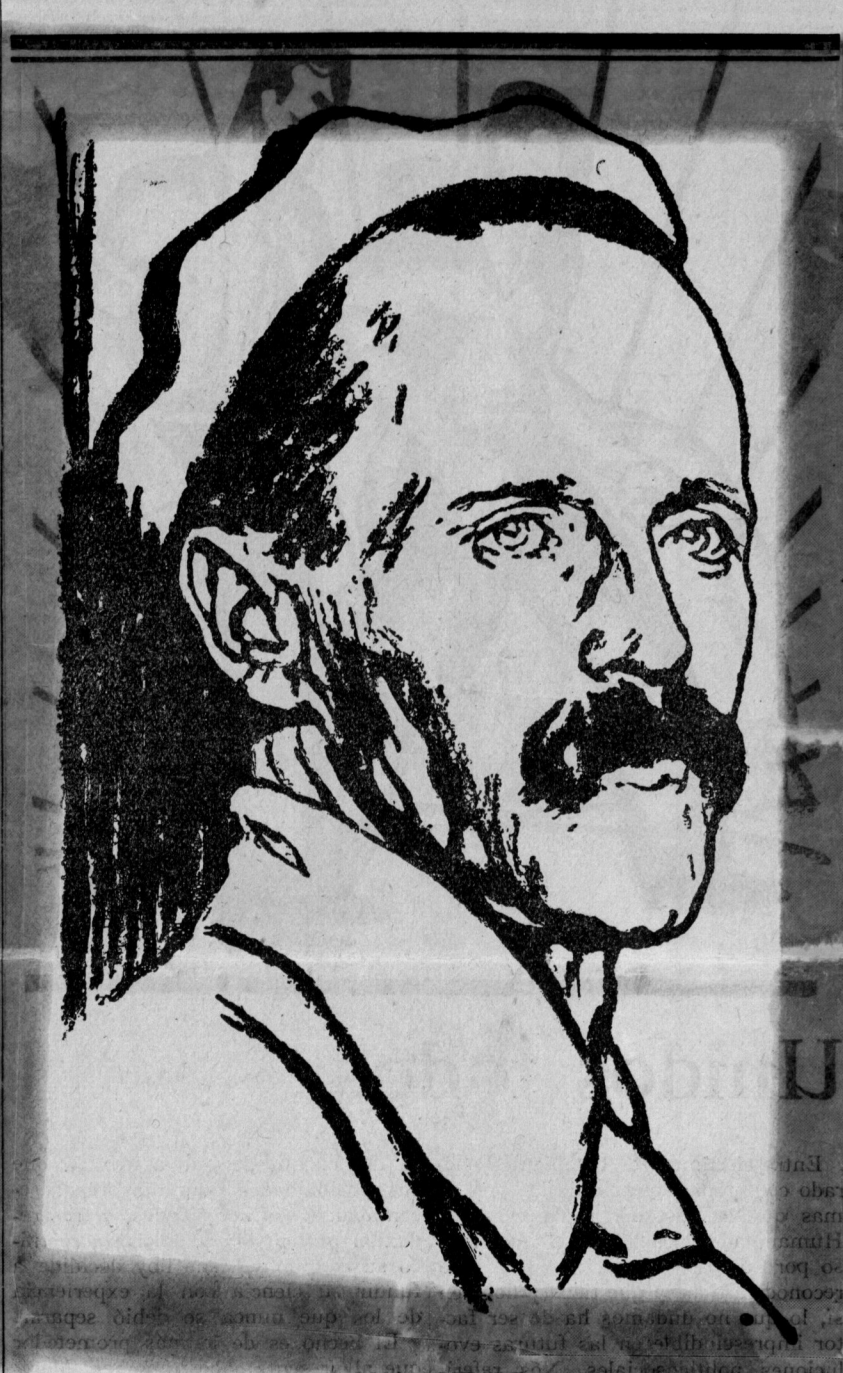
Mantener la unidad socialista, es decir, todo lo que existe de unidad sindical y política en las masas obreras europeas que persiguen el Socialismo por medio de la democracia, he aquí una condición primordial para desarrollar y hasta salvaguardar los derechos conquistados por el Socialismo obrero, de los cuales tiene necesidad para todo avance ulterior.

El gran problema es, pues, evitar las divergencias de opinión y las decepciones que siguen inevitablemente a las revoluciones cuando éstas han pasado del plano destructivo al constructivo, y que dividen al Socialismo, comprometiendo su porvenir y el mantenimiento de las propias conquistas revolucionarias.

He aquí por qué es preciso sobre todo impedir, en una situación como la de España en la actualidad, que el Socialismo se separe de la revolución. Pues la revolución es un impulso psicológico, una ola de entusiasmo y esperanza que, llevando a un pueblo hacia adelante, le acerca al Socialismo. Debéis haberos dado cuenta en España: como en Francia en 1789, en 1830, en 1848, la revolución demuestra a las masas la realidad de su fuerza, les hace ver que ningún orden histórico es inmutable, despierta la conciencia política de las multitudes de indiferentes, exacerba los deseos de justicia de los oprimidos, desarrolla sus necesidades sociales, galvaniza sus fuerzas de acción, les da confianza en ellos mismos. A causa de eso, la revolución es la gran palanca que no hay que soltar, con la que hay que continuar maniobrando hasta que haya sacado del lagar todo lo que puede dar de sí.

En Rusia en 1917, en Alemania en 1918, divergieron de tal modo esas tendencias, que el resultado fue una profunda escisión entre dos partes de la clase obrera que, hasta la guerra mundial, estaban unidas.

Hay que darse cuenta, sobre todo, de que una subversión de las formas jurídicas de la vida política no es con-



TOMÁS MEABE

En este mes de noviembre, aniversario de su muerte, las Juventudes Socialistas de España han rendido homenaje a su fundador en mítines y conferencias, cuya reseña ocuparía todas las páginas de RENOVACION.

el tiempo eficaz más que si se apoya en una modificación correspondiente de las fuerzas económicas y sociales que llenan ese cuadro jurídico. Realizar la revolución es, pues, continuarla, y convertirla es utilizar los nuevos derechos para refundir la jerarquía social. Y esta obra no puede cumplirse por la acción legislativa únicamente. Alemania ha hecho la triste experiencia desde 1918. La Constitución que se dió en Weimar es una de las más avanzadas del mundo; afirma principios jurídicos que exceden considerablemente el alcance social de los Derechos del Hombre tradicionales, y abre caminos legales a la socialización de las grandes industrias y de las grandes propiedades territoriales. Pero se ha dejado intacta la burocracia del Estado, se ha respetado el poder de la casta de jueces y el de la militar, no se ha tocado a los privilegios políticos de las iglesias, se ha retrocedido ante la expropiación de los latifundios de la nobleza prusiana, se ha sido más generoso con los ex generales y ex monarcas que con los mutilados de guerra, se ha dejado al capitalismo privado libertad para atrincherarse en formidables monopolios predatorios. El resultado al cabo de trece años es que no se escapa a la dictadura fascista más que al precio de una semidictadura burocrática y burguesa, y que se cede terreno cada día en las luchas económicas. Cosa característica: las más sólidas posiciones de defensa son las que la clase obrera ocupa fuera de los cuadros parlamentarios: los Sindicatos y los Consejos de empresa, constituyendo los últimos la única institución legal, salida de la revolución de 1918, que haya permanecido inquebrantable.

En suma, la gran lección que se desprende de la experiencia alemana es que no se puede impedir la reacción después de la revolución más que bas-

ciendo el cobre mientras está caliente; es decir, dirigiendo lo más pronto posible el ardor revolucionario hacia la refundición de las instituciones económicas y sociales de manera que mine la verdadera base de la subordinación política. Las reformas duraderas y reales son las que se hacen de ese modo desde abajo.

El gran problema técnico y psicológico de las revoluciones victoriosas es, pues, desde el momento en que haya caído la cabeza del antiguo régimen, herirle en el corazón y en el estómago, dirigiendo la acción hacia las instituciones económicas, las administraciones locales, el desarrollo del poder social autónomo de las clases tiradoras.

Es aquí donde la aplicación del principio de Dantón: «Audacia, audacia y audacia», se hace especialmente difícil, porque no se trata ya de dejarse llevar al Poder por el movimiento instintivo de las pasiones populares; hay que dirigir esas pasiones por la iniciativa consciente y reflexiva de una vanguardia que organice sistemáticamente posiciones, cuya necesidad no se evidenciará hasta más tarde. Necesidad que, si falta esta dirección, no será reconocida hasta que sea demasiado tarde. No sirve para nada destronar a un monarca si no se destrona a todos los reyezuelos que constituyen el verdadero sostén del despotismo social; hay, pues, que atacar el poder político de la burocracia, de la casta militar, de los sacerdotes, y también los privilegios sociales de las potencias capitalistas.

En los países de industria poco desarrollada aún, una de las tareas más urgentes del Partido Socialista es la de atacar en sus manos la dirección del ataque de los trabajadores de la tierra contra el poder de los grandes propietarios agrícolas, a los que en España creo que llamáis caciques. La acción más duradera y más profunda de la gran Revolución francesa, la que ha sobrevivido a todas las tentativas de restauración política, ha sido la transformación del régimen de la propiedad agraria por medio de la expropiación de la Iglesia y la supresión de los privilegios feudales. A la inversa, una de las razones esenciales de la derrota del Gobierno Kerensky en 1917 por la revolución bolchevista fue que el Gobierno, aunque salido de la revolución, retrocedió ante la expropiación de los grandes terratenientes.

Además, no se trata aquí solamente de medidas en cierto modo negativas; es necesario asimismo, para garantizar su efecto, completarlas por medidas positivas que transfieran a instituciones nuevas, sindicales, cooperativas, orga-

nismos autónomos de administración local, etc., los derechos y las funciones arrebatadas a los antiguos poderes. Eso implica una vigorosa descentralización de los Poderes públicos, una aplicación audaz de los principios de la organización corporativa a la refundición del Estado, una sólida base jurídica para el poder sindical que se ejerza a través de los Consejos de empresa, los contratos colectivos reconocidos, las Comisiones paritarias renovadas. Todas esas tareas tienen necesidad de una dirección consciente, como puede atestiguarlo el Partido Socialista, porque no salen por sí mismas de la voluntad instintiva de las masas, que se inclina más fácilmente hacia los hechos en cierto modo simbólicos, pero más superficiales, de la estructura constitucional y parlamentaria.

En todos los países que tienen, como España, una larga tradición de Poder político muy centralizado, la tendencia natural de las revoluciones es la de caer asimismo en el error estatal. Esa es, en efecto, la línea de menor resistencia; pero es también la que da menos resultado. El jacobinismo, que tiende únicamente a reemplazar un Estado centralizado y burocratizado por otro Estado centralizado y burocratizado, un Parlamento de retóricos por otro Parlamento de retóricos, fué el gran obstáculo con que tropezó la extensión social de la Revolución francesa. La corrección de ese error sólo es posible por una orientación sistemática hacia el régimen corporativo. Se sufriría una equivocación si no se pidiera a las ideas sindicalistas cuanto tienen de verdadero contrapeso al gobierno de los funcionarios, que esconde una tiranía burocrática detrás de una cortina parlamentaria.

He aquí por qué simpatizo con los ardores y las impacencias de la nueva generación a que usted pertenece; porque esos errores y esas impacencias son un impulso necesario al verdadero fin de la revolución.

Pero para que ese impulso sea fértil es preciso que esté dirigido en sentido radical y no extremista. Quiero decir que no vaya hacia una oposición sentimental que reproche a los dirigentes responsables el no ir bastante lejos en el camino de los actos simbólicos, sino que empuje hacia una acción práctica, concreta, responsable, que dirige la actuación de las masas hacia los problemas radicales, hacia los puntos en que se hallan las raíces del mal a extirpar.

Por eso precisamente la violencia física de los movimientos extremistas no da la medida de la eficacia de las revoluciones; al contrario, los resultados duraderos de las revoluciones están generalmente en proporción inversa de la violencia empleada. El verdadero radicalismo se inclina a las reformas fundamentales, que exigen más trabajo que combate. El verdadero revolucionario es aquel que, una vez conquistada la libertad de acción, utiliza esa libertad no para lapidar gendarmes, sino para crear un Sindicato, reformar una administración, terminar una huelga por el establecimiento de un contrato colectivo y de una representación en fábrica; en el Poder central es aquel que limpia los restos del antiguo régimen hasta los rincones más escondidos de las oficinas de provincias. Acción menos teatralmente pintoresca, pero más verdaderamente heroica, más difícil y más fértil.

Esa acción requiere, además del entusiasmo, mucha reflexión y una conciencia muy clara de los límites que las circunstancias generales, sobre todo el grado de desarrollo industrial de un país, le imponen. El ejemplo de Lenin demuestra hasta dónde puede una vanguardia enérgica y tenaz llevar esos límites hacia adelante; pero también demuestra que hay un punto del que no puede pasarse, y que no se puede crear de nuevo una economía por completo sin que en el seno de la economía se hayan desarrollado los materiales de la misma y formado los hombres que hayan de servirla.

¿Dónde están esos límites en España? ¿Hasta dónde puede llegar la expansión de un cambio político en lo que se refiere a la refundición política y social?

Son preguntas a las que no puede contestarse con precisión desde fuera. Dudo mucho que, aun el hombre mejor enterado de todas las circunstancias, pueda contestar desde dentro. Sólo la experiencia puede resolver con exactitud. Pero ¿hay necesidad de saber hasta qué grado se puede estar seguro del éxito? ¿No basta saber sobre qué puntos y en qué dirección hay que avanzar, aunque se ignore hasta dónde se podrá avanzar? El límite resultará de las relaciones de poder que se establecerán entre el ataque y la resistencia. Desde ese momento sólo se tratará de una cuestión de poder, condicionada de una parte por las circunstancias generales del medio, y de otra por la fuerza de las voluntades actuantes. El único elemento de ese problema sobre el que podemos influir es precisamente la fuerza de acción y de persuasión que logremos poner al servicio de nuestra voluntad colectiva.

en el ejercicio eficaz de esta voluntad, condición que resulta del sostenimiento de dos principios a los que el Socialismo español debe sus éxitos recientes:

De una parte, la unidad del Socialismo y la revolución.

De otra parte, la unidad del propio Partido Socialista.

No disociar el Socialismo de la revolución, para no disociar la revolución del Socialismo. Para eso es lógica, es psicológicamente indispensable que el Socialismo se halle en el Gobierno hasta que la obra constructiva de la revolución haya terminado. Esto puede significar un tiempo bastante más largo que el necesario para hacer funcionar una nueva Constitución, si el empuje socialista se prolonga lo suficiente para asegurar las reformas administrativas y económicas, de las que la nueva Constitución sólo es el medio. La eficacia de ese empuje no será, sin duda, más duradera que la misma pasión revolucionaria, que terminará por fatigarse, como todas las pasiones. Pero es necesario que el Socialismo no adelante ese momento y acelere ese progreso renunciando a su propia iniciativa y a su papel de director; cuando se produzcan las inevitables tentativas de reacción será más fuerte con la obra de la revolución por haberse identificado de modo que todos lo hayan comprendido, sin abandonar el instrumento del Poder mientras éste pueda servir.

Pero para que este instrumento sirva al Socialismo y a la clase obrera debe ser manejado por un partido unido, apoyado sobre una organización sindical que represente lo más importante de la clase obrera consciente. Sin esa unidad, el Socialismo carecerá de fuerza en el Gobierno y en la oposición. Es verdad que esta unidad está hecha de tensiones interiores, de la síntesis continua de tendencias con frecuencia divergentes, algunas de las cuales empujan hacia las coaliciones gubernamentales y otras hacia la oposición. Mas esas tendencias corresponden a dos funciones que son inherentes a toda acción socialista, pues el Socialismo es el propio tiempo un movimiento en el seno del orden existente y un movimiento en su contra. Esta contradicción se resuelve por sí misma en la medida en que la acción en el seno de la sociedad actual transforme eficazmente a ésta.

Por esto en el estado actual del Socialismo europeo las fases de acción gubernamental alternan casi regularmente con las fases de oposición, según la fuerza más o menos grande de las resistencias que limitan la eficacia de la acción reformadora que permite el ejercicio del Poder central. El gran problema táctico consiste desde entonces en la elección del momento en que hay que cambiar de posiciones. Pero en un país que tiene ante sí la obra constructiva de una refundición revolucionaria, ese momento no puede situarse antes de la terminación de esa obra, y sólo cuando los adversarios, por su resistencia creciente, han traído ese momento puede el Socialismo encontrar ventajas en pasar por completo a la oposición, después de haber estado por entero en el Poder.

Para efectuar esa transición sin poner en peligro la unidad de acción del movimiento sólo existe un procedimiento—el mejor que se haya encontrado hasta hoy—: el de la democracia interior, que determina la actitud del partido por la mayoría, mientras da a todas las opiniones minoritarias la libertad de atraer a los demás, si pueden, a sus puntos de vista.

Este método es el que ha hecho patente el Partido Obrero belga, y el que le ha mantenido unido. Estoy demasiado habituado a permanecer en la minoría para ser sospechoso cuando digo que la experiencia belga demuestra la verdad experimental del único dogma socialista que puedo admitir: el dogma de la unidad obrera, de la unidad en la acción, que hace que todos compartamos solidariamente la responsabilidad de lo que decide la mayoría.

Y, aunque esto pueda parecer paradójico, la experiencia belga demuestra, a mi modo de ver, que no existen falsas decisiones tácticas para un partido que permanece unido; la única falta irremediable es la división, pues la división paraliza toda acción, cualquiera que ésta sea, porque una parte de la voluntad socialista a nula a la otra; mientras que, hecho curioso, pero experimentalmente probado: la eficacia de la acción socialista depende, en suma, muy poco de la posición táctica, gubernamental o de oposición; mas casi enteramente, por contraste, de la energía «radical» con que se persiguen an no importa qué posición los objetivos concretos que se quieran alcanzar. Tal vez por habernos enseñado eso la experiencia las luchas de opinión táctica en el seno del Partido Obrero belga no hacen correr el peligro de comprometer su unidad, pues se ha aprendido, por una parte, a no discutir la buena fe de los camaradas de opinión distinta, y por otra, a respetar las de-

(Continúa en la página 4.)



## Extremenas

## La canción del terruño

Encima de la tierra ardiente, con el hato y los aperos de la siega, he visto descansar unos hombres «pardos», que en nada se distinguían del color que presentaba la sedienta llanura sobre la cual se mecía como niño en cuna dorada el rubio trigarral que dormía arrullado por el canto de la Naturaleza.

Tierras duras, tierras sedientas que absorben la savia humana y endurecen los sentimientos. Tierras inhóspitas, sin un pino, sin un naranjo, sin un almendro donde reconcentrar una esperanza que apague la sed de frutos jugosos, que den sombra y conviden a la vida del artista, del poeta, del agricultor, a fijar el pensamiento en el porvenir de esta parte de España que, por la dureza de su suelo, por la monotonía de su paisaje, hace que sus hijos vayan errantes por todos los caminos del mundo en busca de la tierra blanda, en busca del bello paisaje que dé sombra a sus cuerpos, que ablande y dulcifique el sombrío y huraño carácter del hombre que crece en el páramo desierto, abatido por todos los soles, inclinado hacia el sepulcro por todos los vientos.

Una alondra que se alza de los surcos parece iniciar una nueva aurora, en la cual los islotes tendidos en la llanura pondrán nuevas notas en la música de estos campos, cambiando las severas armonías con el sonoro cantar, nuncio de esperanzas, de los hombres del trabajo.

Poco a poco, los montones de la era, el caudal rubio que acumularon los parias, es objeto de las operaciones de los acaparadores, y la espiga rubia, que antes se mecía, dormida, en la carretera, se mueve, desgranada, a grandes velocidades, en los camiones que corren a llevar alimento a la ciudad. Los grandes arrendatarios han resistido la demanda de los acaparadores y no han soldado un grano como no se lo hayan pagado al precio de tasa. Mas los pequeños arrendatarios, colonos y aparceros vendieron sus cereales al primero que llegó, porque tenían que realizar sus pagos.

Son esos hombres los que duermen encima de la tierra ardiente, los que se llenaron de alborozo al ver que un ministro de la República prometió construir pantanos que refrescasen las sedientas llanuras extremenas, los que han dejado de confundirse con la tierra «parda», porque en ella ya no hay trabajo, trasladándose a los pueblos, donde proyectan sus trágicas siluetas sobre los blancos muros de las plazas, que, cual sábana blanca de ataúd, parecen envolver la vida de los parias del terruño, que, sin el menor gesto de rebeldía, la entregan, generosos, en holocausto de la República.

Luis ROMERO

Cáceres.

## De Economía

## El maquinismo y la producción

La bondad de mis amigos universitarios ha tenido a bien hacerme poseedor de otro nuevo enchufe, gratuito, como todos los que adornan las paredes de mi modesta habitación, el cual enchufe consiste en hacerme explicar la asignatura de Economía en este primer curso de la Universidad Popular que entre todos, y con el mayor cariño, que no ya con la mayor capacitación, estamos creando.

Y aquí, cuando daba los últimos toques al programa que pienso desarrollar en el mentado curso, ocurreseme pensar: ¿Por qué no coger al azar una de las tantas cuestiones de que en él voy a tratar y hacer unas cuartillas para RENOVACION?

Una, dos, tres veces he mirado el programa desde la primera hasta su última lección; otras tantas veces lo he cerrado sin encontrar en él lo que en un momento de inmodestia podría parecerme lo mejor. Es que me pasa lo que al padre a quien se preguntase: ¿Qué cualidad, qué rasgo físico encuentra mejor en la persona de su hijo? El padre lo mira, lo vuelve a mirar, como yo al programa, y encontrándolo raquítico y ojoso, cree lo mejor no citar ninguno de sus rasgos. Esta es la manera de no hacer converger sobre él las miradas que, al ser muchas, tal vez encontrarían mayor fealdad de la que en realidad existe. No, no quiere decir que es lo mejor en su hijo, que, aunque raquítico y ojoso, él lo encuentra bello, por eso, porque es su hijo.

Sigo mirando el programa. También tiene ojos, boca, manos..., como el hijo de mi similitud: son sus lecciones. Lección 3.ª: Producción. Lección 8.ª: Capital. Lección 11.ª: Comercio exterior... Todo él es pobre y raquítico. Nada puede hacer variar esta valoración el que yo, al verle nacer, al redactar la última de sus lecciones, lo encontrara bello. Séame este perdonado en atención a que este «Programa para un curso de Economía» es mi hijo, mi primer hijo.

Resuelto, por fin, a escribir algo, escojo «Del maquinismo y de la producción», que figura entre los puntos de la lección 6.ª

Los elementos de la producción son, como sabemos, tres: Naturaleza, trabajo y capital. Así, pues, para estudiar la influencia del maquinismo en la producción nada mejor que tratar de conocer hasta qué punto ha variado la importancia de la Naturaleza, del trabajo o del capital por la introducción del maquinismo, dentro de este complejo total que es la producción.

Tomemos uno de estos tres puntos de vista, el que más nos interesa, que, desde luego, yo creo ha de ser el del trabajo, y veamos de contestar a estas preguntas: La introducción del maquinismo en la producción, y dentro de un régimen capitalista, ¿es perjudicial para la clase obrera? ¿Lo se-

32.500, 10.000, 32.500, 110.000). Es decir, las 100.000 pesetas que empleó en su negocio, más las 10.000 que representan el 10 por 100 de beneficios.

Así, pues, hemos visto que con el capital circulante que antes se empleaba en salarios para X obreros, ahora, al instalar la maquinaria y utilizar la mitad de dicho capital circulante para el pago de ella, sólo queda para el salariado la otra mitad. Más claro: sólo podrá tener empleados en su Empresa un número de obreros igual a

$$\frac{X}{2}$$

El capitalista no ha perdido nada. Una vez funcionando la maquinaria, ésta le da un volumen de producción cuyo valor, sumado a las 35.000 pesetas de capital fijo, a las 32.500 pesetas que vale la maquinaria y a los beneficios representan el mismo capital de las 110.000 pesetas. La renta bruta ha pasado a ser menor; en cambio, la renta neta, que son los beneficios del capitalista, es la misma

de las 10.000 pesetas. No ha perdido nada, pues.

Transcribimos, para terminar, las palabras de David Ricardo: «La facultad de mantener una población y de emplear mano de obra depende siempre de la renta bruta de una nación y no de la neta.» Ocioso es seguir, pues hemos llegado ya a la consecuencia: el maquinismo en un régimen capitalista tiende a hacer menor la renta bruta y, por ende, expulsar, poco a poco, de la producción a la mano de obra.

¿Ha de ocurrir esto fatalmente? Dentro de este régimen económico, ¿habrá de producirse aún en mayores proporciones el paro obrero? Resueltamente, sí. Y de la contestación a la otra pregunta, la de si el maquinismo ha de seguir siendo pernicioso para la clase obrera dentro de un régimen socialista de producción, para hacer de ella el tema de un artículo próximo.

M. CANO LLOPIS



## Unidos todos

Entre el cúmulo de cambiantes operado como consecuencia de los problemas que la postguerra planteó a la Humanidad descuellan aquellos que, acaso por su importancia, no le han sido reconocida toda la que tiene y lleva en sí, lo que no dudamos ha de ser factor imprescindible en las futuras evoluciones políticas. Nos referimos a las pretendidas—por ellas mismas—clases medias.

Hora era ya de que desapareciera del estadión el que se ventilan los arduos problemas que el mundo en esta fase agitada y prometedora de un despertar radiante tiene planteados lo que no era sino creación artificiosa de la astuta burguesía.

Cuando los pueblos fueron comprendiendo que no era posible conseguir por la impetración de las divinidades los dones que los señores—sus administradores—les daban para su sustento, y, por tanto, se apartaron del redil donde el pastor apacentaba a sus ovejas, entendió la burguesía que tenía necesidad de crear el medio que se interpusiera entre ella y aquellos pueblos que hasta entonces había esclavizado y que desde tal instante habían de ser sus jueces implacables.

El desarrollo del maquinismo, con su necesidad de obreros especializados, vino a facilitar sobremedida tal deseo. Pronto fue surgiendo toda una clase que pretendía imitar a sus señores y a cada paso que daba en su camino ascendente suponía inevitablemente una distanciamiento de aquella otra que iba en pos de un afán justiciero, y de la cual, en carrera loca, se desinteligenciaba. ¡Error profundo! Ello había de retrasar la hora del triunfo del ideal.

Lo que entonces fuera un mal, en un bien al presente está pronto a cristalizar.

La clase con tan avieso designio forjada vióse pronto dueña de las ciencias y de las artes; mas, falta de medios propios, hubo de entregarse a los que lo eran del comercio y de la industria y disponían del aparato político como medio de sojuzgamiento de los desposeídos. Fue entonces cuando

se dió cuenta de que a medida que sus posibilidades eran mayores acrecentábanse sus necesidades, y tras reflexión prolongada y dolorosa, rectificó su camino y viene hoy decidida a fundir su ciencia con la experiencia de los que nunca se debió separar.

El hecho es de lo más prometedo que al presente cabe imaginar. Merece la pena de que los jóvenes socialistas le analicemos y le prestemos la máxima atención. Ciencia y experiencia son los materiales preciosos que juntos hemos de fundir en el crisol del ideal.

Es preciso reconocer que la impaciencia que les caracterizó es producto del hecho económico que sobre ellos pesa. De ahí que su contacto primero se opere en el campo de las actividades societarias, o, lo que es lo mismo, allí donde es más rápida—no todo lo que ellos se imaginan—la obtención de la satisfacción a sus necesidades.

Si nosotros sabemos—yo así lo espero—comprenderles, y si ellos, a su vez, son francos y sinceros, habremos dado al movimiento político la vertebración indispensable para recorrer las etapas que al triunfo han de conducirlos. Para ello precisase la rápida destrucción, si la captación no es posible, de las zonas que a modo de valladares se interponen entre la burguesía y nosotros.

Ahora más que nunca precisamos insuflar en los Sindicatos, con la ejemplaridad de nuestras conductas, la corriente del Socialismo, que ya invade las aulas universitarias a través de las «fuerzas», pivotes de futuros y próximos Sindicatos de escolares, que tienen sus problemas que resolver, y que es hora ya de que los resuelvan por sí.

«El Socialismo no es una doctrina, es una cultura», dijeron los maestros. Y que así es lo están pregonando los hechos. Aprestemonos, pues, a acelerar con el brío de nuestros temperamentos jóvenes el momento de su instauración, para que la Humanidad no sufra nuevas matanzas entre hermanos trabajadores.

Carlos RUBIERA

## Vizcaínas

## ¿Caciquismo?

Con demasiada paciencia venimos soportando los socialistas de Vizcaya a las gentes llamadas nacionalistas, que no dejan, con sus vejámenes e improperios, tranquilos a los verdaderos amantes y defensores de la República. Ante tales maneños he llegado a sospechar no tan sólo en su discutido abolengo patrio, sino en alguna posible influencia ejercida por el caciquismo clerical.

Digo abolengo patrio, porque ellos, por el mero hecho de llevar en la solapa el emblema vasco, se hacen la ilusión de ser los llamados a adueñarse de lo que pertenece a infinidad de socialistas, o de «extranjeros», como ellos nos llaman.

Piensen asimismo que por la bravuconería que les caracteriza defienden a su amada Vizcaya y aniquilan a los que tienen por enemigos ¿Quién sino la República y el Socialismo han conseguido que su bandera ondee en los edificios? ¿Acaso son enemigos aquellos que sólo tratan de engrandecer la nación y de ilustrar a las masas? ¿Qué razón, pues, inspira a los nacionalistas para no ceder en sus vanas pretensiones?

Esta es, pues, la pregunta que me ha inducido a pensar en una posible intrusión del clericalismo farsante.

Voy a dar en pocas palabras una pequeña prueba del fanatismo que profesa un gran contingente de reaccionarios:

Hace días, en un pueblecillo cercano a Bilbao, el sacerdote del lugar tuvo la osadía de decir que San Miguel era el que estaba llamado a reconquistar las libertades que gozaron las provincias vascas. ¡Ilusos! Pero ¿es que aún hay personas que crean en milagros? Porque, de lo contrario, no concibo como esta clase de gentes se empeñan en meter en llos a los santos.

Ante tal canallada, nosotros, los socialistas, debemos salir al paso para decirles: ¡Milagros, no! ¡Sólo nosotros conseguiremos lo que más anhela el país vasco! Si alguien trata de entorpecer el camino de la República, los jóvenes socialistas estarán prontos a combatir a la ya casi extirpada reacción.

Julio CASADO BUENO

Bilbao.

## Andaluzas

## Actúa el «Empastre»

El domingo 23 del pasado se dió en Sevilla un mitin por esos señores que han dado en llamarse social-revolucionarios

Hablaron en primer lugar, y bastante mal, por cierto, los representantes, según ellos, de Málaga, Granada, Jaén y Cádiz, y se cerró el acto, al que no acudió tanta gente como a otros que le han precedido, con el verbo «cálido» y «convinciente» del señor Cuerda (¿no escuchó el lector nunca a Cuerda?) y con el «elocuent», «arrebataador» y «educativo» del señor Balbontín, «diputado del pueblo», como se hace llamar, como si los otros diputados fueran representantes del cielo.

Hubo lagrimitas y todo; y fué ello cuando Cuerda, en un momento que yo señalo como apoteósico, y sin consultar previamente con el «diputado del pueblo», dijo que Balbontín era el único diputado honrado que pisaba la Cámara, y que los demás eran todos una caterva de vagos y ladrones, que se habían encaramado en los puestos de dirección para evitar que lo hicieran hombres honrados como ellos, por ejemplo, pues siempre hubieran propugnado por la abolición de las clases y por la revolución social libertaria o estatal, pues eran lo mismo.

(Continuación de la página 3.)

ciones de la mayoría, según la misma solidaridad que prevalece en las luchas sindicales cuando se trata de comenzar una huelga o poner término a la misma;

Desde luego, el papel crítico de las minorías no es por eso menos necesario, aun desde el punto de vista de la acción eficaz de las mayorías. Sobre todo cuando un Partido Socialista participa en un Gobierno de coalición es necesario que las tendencias naturales que hacen que en el Poder la mayoría de los hombres se deslicen hacia el moderantismo, como medio de conservar ese mismo Poder, sean constantemente contrabalanceados, en interés de su acción socialista, por la crítica de los ardorosos y los impacientes. La crítica por la oposición es el principio vital de todas las democracias; a las que impide degenerar. Pero esta crítica será tanto más eficaz cuanto menos se efectúe sobre el aspecto simbólico de las actitudes parlamentarias, y más sobre los puntos concretos de la acción reformadora. Cuando se reprocha a aquellos a quienes una decisión del Partido ha colocado en el Gobierno el ser ministros no se sirve

Balbontín llora y ríe al mismo tiempo en los actos públicos que da en Sevilla, porque los sevillanos son amigos de la farándula, y él se pone a tono. Llora cuando se habla de su honradez para hacer más patética la escena, y ríe cuando dice que los socialistas, en el Parlamento, le temen y por eso tratan de lincharle.

Honradez y Balbontín son dos cosas antagónicas entre sí, y sólo tiene explicación por aquello de vivir en este pueblo, del que dijo no sé quién que era el país de los viceversas.

Balbontín, el único diputado decente que hay en la Cámara; y los demás son unos «atracaadores», como quien dijo. ¡Hombre, está bueno! Se necesita tupe para asegurar que el sol no existe. ¡Conque... Balbontín es el más honrado! ¡Y lo dice llorando como una Magdalena! ¡Pobre hombre! ¡Ni que se hubieran puesto las peras a cuarto!

El «rey de las aceugas» se pone a tono en Sevilla y abusa de su inmunidad parlamentaria.

Pronto veremos cómo las berenjenas que nos ofreciera estaban podridas.

Continúe «El Empastre».

ARANDA MONTES

Henry DE MAN

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.



LEED "EL SOCIALISTA" TODOS LOS DIAS